

EL REACCIONARIO QUE ABOLIÓ EL PROGRESO

JUAN
GUSTAVO
COBO
BORDA

A partir de 1977, cuando fui editor de los *Escolios a un texto implícito* (Instituto Colombiano de Cultura), y más tarde, en 1992, cuando también fui editor de los *Sucesivos escolios a un texto* (Instituto Caro y Cuervo), di una alegre batalla al escribir sobre Nicolás Gómez Dávila en varias ocasiones. Revistas efímeras, libros inencontrables, los he pasado a limpio y ordenado de nuevo. He sentido similar y gozosa complacencia: la de solo creer en ellos, mientras todo el entorno se hace aún más oscuro. Fósforos encendidos en la penumbra, a medida que se apagan las luces.

Un escolio cuestiona el mundo

Ahora, cuando todos los escritores van dejando de ser progresistas, reconforta mucho encontrarse con un gran libro en verdad reaccionario. Se trata de los *Escolios a un texto implícito* de Nicolás Gómez Dávila (Instituto Colombiano de Cultura, Colección de Autores Nacionales, 1977, Nos. 21 y 22). En él, con actitud de “campesino medieval indignado”, y a través de mil páginas de aforismos, se practica el más implacable sabotaje en contra de una época que, según sus palabras, ha logrado desacreditar no solo la virtud sino también los vicios.

Este libro subversivo, en el sentido de que “el libro más subversivo de nuestro tiempo sería una recopilación de viejos proverbios”, disecciona, en primer término, la trinidad democrática —individualismo, nacionalismo y colectivismo—, hipóstasis del egoísmo, y, finalmente, toda una concepción progresista de la historia.

Es el pensamiento conservador en su mejor expresión, ya que Gómez Dávila tiene el coraje suficiente para señalar todo cuanto desprecia. Solo que esto, en definitiva, no es mucho, ya que se trata del mismo adversario bajo sucesivos disfraces. Lúcido e impotente, reconoce que solo de causas perdidas se puede ser partidario, pero lo que importa, en su caso, no es el rigor de una doctrina sino lo flexible de una actitud. Así, su prosa, como no intenta persuadir, resulta desdeñosa y exacta ofreciendo todas las garantías: “La ventaja del aforismo sobre el sistema es la facilidad con que se demuestra su insuficiencia. Entre pocas palabras es tan difícil esconderse como entre pocos árboles”. Lo que sí perturba, en cambio, es el timbre de su voz: alguien asiste a un entierro y formula algunas observaciones sobre el cadáver. Si miramos mejor, vemos cómo el cadáver no es sólo el de estas repúblicas, cuya historia debería escribirse sin desprecio pero sí con ironía, sino el de toda una civilización cuyos orígenes se encuentran en una alianza de terratenientes y obispos y sus postrimerías en un insípido paraíso suburbano: la civilización occidental.

Como lo anterior parece apocalíptico, bien vale la pena aclarar que no hay un libro más sobrio que este, ya que un humor, más incisivo aún que la propia crítica, lo recorre en todo momento: “Denigrar del progreso es demasiado fácil. Aspiro a la cátedra del metódico atraso”. Así, no incurre en el mal gusto de ofrecer soluciones, ya que literalmente nos ahogamos en ellas. Se limita a trazar, ante un auditorio de clase media —el auditorio de nuestro tiempo—, algunas frases que se disipan apenas las pronuncia. Frases que podemos aceptar o rechazar, dos

formas de la incompreensión, pero las cuales, apenas leídas, siempre producen algo. ¿Irritación, reconocimiento? Y esto debido a que habla como nadie lo había hecho antes entre nosotros: sin concesiones.

El aristocratismo que se desprende de ellas no solo es obsoleto sino además grotesco, en el significado primario de dicha palabra: ¿Con quién compararlo? ¿Qué sentido tiene hoy en día alguien que añora el equilibrio entre un pontífice romano y un emperador germánico; alguien que solo se reconoce en Tucídides, Montaigne y Burckhardt? Pero este sustrato es la base imprescindible para escribir un libro así. Un libro que no solo pulveriza las mentiras que nos rodean: la izquierda, la derecha, la política, la Iglesia, la educación, la técnica, sino que va más allá, mediante una cura radical del escepticismo, para depararnos la alegría de la inteligencia. De seguro, este último antídoto no será suficiente, pero mientras llega el momento de desaparecer, con dignidad, bien vale la pena disfrutarlo.

Cuando se conocieron, a su pesar, las primeras *Notas* suyas, en 1954, Hernando Téllez habló de los moralistas franceses. Ahora esto ya no es posible. Un libro así carece de parangón. No forma parte de la literatura, aunque se exprese en estos términos: “El poeta no traduce una visión en palabras. Su visión se elabora en ellas. El poeta descubre lo que quiere decir diciéndolo. La poesía es una retórica victoriosa”. Aun cuando parezca un libro histórico o filosófico, es, en verdad, un libro religioso: “Nuestra última esperanza está en la injusticia de Dios”. En definitiva, las reflexiones de un pensador: “Cuando el amor adquiere su madurez perfecta, la impudicia es la única expresión suficiente”: es esto y algo más. Y aun cuando el mismo Gómez Dávila anote que citar a un autor no es más que incapacidad de asimilarlo, él continúa trabajando en su obra (ver *Eco*, Bogotá, No. 210, abril de 1979) con mirada más descarnada.

Nicolás Gómez Dávila pudo vivir en Bogotá en el siglo xx, pero una de sus patrias

era el siglo XVIII francés. Amabilidad, dulzura, *politesse*, *esprit*, cinismo. En tiempo de Richelieu y Mazarino, con buen humor y escepticismos, no era posible ni equivocarse ni aburrirse. La bellísima duquesa de La Valiere recibe la declaración tardía de un amigo enamorado. Y asombrada responde: “¡Dios mío! ¿Por qué no me lo dijo? Me habría tenido, como todos los demás”.

Representaban un papel, conscientes de él, y al final de esa sucesión de máscaras los acechaba el bostezo del tedio o la orgía de sangre de la revolución. Pero, entretanto, era grato vivir, y las máximas de los moralistas proponían un nuevo catecismo. Decía La Rochefoucauld: “Hay pocas mujeres honestas que no estén cansadas de su oficio”. Asistemáticos, personales, Jouberts, Chamfort, combinaban el desdén aristocrático con el afán de indagar en sí mismos, como quien mira un abismo ajeno.

No buscaban tanto el escándalo iracundo de la fe, como Pascal, sino el reposado encanto de un hombre que divaga entre amadas sombras seculares, despojado ya de las rudas vestimentas diarias, como lo expresó Maquiavelo, y esto en una torre ornada de sentencias clásicas, como lo hizo Montaigne.

Otra de las suscitaciones de los *Escolios* de Gómez Dávila, quién lo duda, sería la del hombre que, demente entre papeles, dejó un inconcluso manuscrito, subtítulo *Transvaloración de todos los valores*. En una de sus partes escribió: “La humanidad no representa una evolución hacia algo más fuerte, o más alto, al modo como hoy se cree eso. El progreso es meramente una idea moderna, es decir, una idea falsa. El europeo de hoy sigue estando, en su valor, profundamente por debajo del europeo del Renacimiento”.

Se trata, por supuesto, de Nietzsche, y así el arco de sus afinidades podría abarcar de Joseph Maistre a Baudelaire, de Burckhardt y T.S. Eliot a Cioran y Ernst Jünger. Todos de algún modo compartían una convicción: el mundo moderno no era, ni mucho menos, la utopía realizada. Era

A muy pocos valores se aferró. A la fe inquebrantable en la injusticia de Dios, que habrá de perdonarnos, y al milagro casual de la poesía, que no tiene razón de ser, se da porque sí.

un simple mercado que ponía la vulgaridad al alcance de todos. De ahí los sarcasmos de Gómez Dávila contra tantos ídolos:

Civilización es todo lo que la universidad no puede enseñar.

Cada día resulta más fácil saber lo que debemos despreciar: lo que el moderno admira y el periodismo elogia.

El demócrata compulsa como textos sacros las encuestas sobre opinión pública.

Pero no debemos circunscribirnos solo a los paradigmas extranjeros. En uno de los pocos escolios autobiográficos, Gómez Dávila dijo: “Canónigo obscurantista del viejo capítulo metropolitano de Santa Fe de Bogotá, agria beata bogotana, rudo hacendado sabanero, somos de la misma ralea. Con mis actuales compatriotas solo comparto pasaporte”.

Por ello, muy consciente de cómo ningún trabajo deshonor, pero todos degradan, y de cómo la vida activa animaliza, se refugió en su biblioteca, sabedor de cómo la auténtica lectura es evasión, la otra, oficio y escalafón. Biblioteca que hoy nos es accesible en su totalidad en la Luis Ángel Arango.

Allí repasó las verdades eternas: “La clave del universo es una evidencia trivial: no existe técnica para la producción del valor”.

A muy pocos valores se aferró. A la fe inquebrantable en la injusticia de Dios, que habrá de perdonarnos, y al milagro casual de la poesía, que no tiene razón de ser, se da

porque sí. Y no es posible repetirlo en un taller de escritura creativa. Y al resplandor del erotismo: un cuerpo desnudo resuelve todos los silogismos.

Los imperios se hundieron, con mayor o menor estrépito. Subsisten apenas Homero y la Atenas de Pericles, las catedrales de la Edad Media donde Dante cantaba la *Suma teológica* de Santo Tomás, la Florencia de los Médici, las cortes de Inglaterra y Francia donde Shakespeare y Racine vieron memorizar sus versos, Dostoievski ante la tumba de Pushkin y la Viena de Wittgenstein recordándonos: “De lo que no se puede hablar hay que callar”.

Sobre ese fondo no es indigno leer los *Escolios* de Gómez Dávila. Tienen el trazo fulgurante de la poesía, al recordarnos que “el hombre persigue el deseo y sólo captura la nostalgia”. Y a la vez formulan una ética insobornable, que no es bueno olvidar: “Tratemos de adherir siempre al que pierde, para no tener que avergonzarnos de lo que hace siempre el que gana”.

El mundo cabe en un escolio

La primera noticia, como ya vimos, la dio su amigo Hernando Téllez. Fue en el número 4 de la revista *Mito*, en 1955. Abría un número donde también aparecían Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez.

Estas *Notas* de Nicolás Gómez Dávila lo llevaban a hablar de los moralistas franceses de los siglos xvii y xviii: La Bruyère, La Rochefoucauld o Joubert. A resaltar un idioma exacto, alejado de la fofa grandilocuencia del español, y a regocijarse con una obra secreta, que, publicada en México, en edición privada, continuaba ahora su indagación:

No existe triunfo que sea más que un noble fracaso.

Que en nuestro tiempo “rutinario” sea un insulto, sólo comprueba nuestra ignorancia en el arte de vivir.

La sociedad del futuro: una esclavitud sin amos.

Al reconocer la insolencia benéfica de la revelación cristiana, Gómez Dávila oponía la incertidumbre de la realidad a esas certezas lúcidas pero innecesarias de un pensamiento que sabía sus límites y hallaba su razón interna en una larga agonía. La que había detrás de los tres órdenes feudales, la que medía el duelo entre el poder temporal del emperador y el poder, también temporal, de un papado que también se sentía ungi-do por Dios y la aterradora certidumbre de que más tarde política, cultura, educación, ética y el ejercicio del derecho y la justicia serían solo un simple negocio. Un negocio de avivatos. Poco se sabía de Gómez Dávila y hubo que esperar a que la revista *Eco*, publicada por la librería Buchholz, diera otro avance de esa obra en progreso cuya razón de ser era la paradoja de detestar el progreso y combatirlo con todas las armas. En el número 14, correspondiente a junio de 1961, la redacción de *Eco* anotaba:

Nicolás Gómez nació en Bogotá el 18 de mayo de 1914. En edad temprana viajó a Europa. Durante nueve años vivió en París y Londres dedicado al estudio y la formación de la mejor biblioteca privada que existe en Colombia. Es dueño de una vasta cultura literaria y filosófica: conoce las lenguas clásicas y conoce varias modernas. Ha publicado *Notas*, México D.F., 1954 y *Textos*, Bogotá, 1959. Estas obras han circulado en ediciones limitadas, sólo entre amigos del autor. En el anhelo de ofrecer a nuestros lectores una muestra del estilo y el pensamiento de Nicolás Gómez publicamos con su autorización el último capítulo del libro *Textos*.

El hombre se conoce como un ser sitiado por la muerte.

Envejecer no es sentirnos constreñidos a declinar la promesa de poseer el mundo, sino encontrarnos insensibles a la pérdida posesión.

La vejez lúcida se rinde al desdén.

Esa “indiferencia postrera” encuentra una feroz negativa. Y la halla en:

El deseo, el deseo que fracasa, el deseo que tiene por destino fracasar, el deseo que la vida sofoca y resucita, el deseo inmortal que nos tortura, es nuestra clandestina facultad de percibir la inexistente perfección del mundo: la perfección que escapa al vuelo del deseo, pero que la dura tensión de sus alas delata y manifiesta.

Como todo pensar llevado a su extremo, el aforismo, el ceñir el abismo, se hunde en la poesía. Nietzsche se transmuta en Dionisio y danza. Gómez Dávila concluye *Textos* así: “Es en lo voluble, en la mudanza, en la blanda carne amenazada, donde el hombre halla el firme suelo de sus sueños”.

Para castigar aún más al idioma, para cortar el amaneramiento de viejas palabras vacías, hubo que esperar muchos años, de 1959 a 1977, a los dos sólidos volúmenes que el Instituto Colombiano de Cultura editó en casi mil páginas y a solo \$50 por tomo. Fue una divertida ironía. Gómez Dávila, que no podía creer en la cultura difundida por el Estado, alcanzó a ver cómo sus urticantes diatribas circulaban y se divulgaban. Se citaban, irritaban y hacían sonreír.

Periodismo es escribir exclusivamente para los demás.

El Segundo Concilio Vaticano parece menos una asamblea episcopal que un conciliábulo de manufactureros asustados porque perdieron la clientela.

Más que de marxistas apóstatas, nuestro tiempo está lleno de marxistas cansados.

Decir que Nicolás Gómez tenía razón no tiene hoy ninguna gracia. Los *Escritos* se poblaron de alusiones a una actualidad, tan superficial como todas, pero seguían instalados en un castillo donde sus pensadores

predilectos, Montaigne y Burckhardt, traían ecos de un orbe ya disgregado y carente de horizonte. La tradición occidental. El pensamiento reaccionario en su mejor expresión, indiferente a la aceptación pero activo en el rechazo. Lo vio mejor que nadie José Miguel Oviedo cuando concluyó su *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991) con este “ilustre desconocido” y este “epitafio de la cultura moderna”.

Este tranquilo apocalipsis lograba apagar muchas mentiras demagógicas. Nos recuerda que el mundo moderno no es la utopía realizada: es un simple mercado que ha puesto la vulgaridad al alcance de todos.

Aferrarnos al partido, que no lo es, de los adictos a Gómez Dávila puede proporcionarnos firmes bases: la de que existe un ademán irreverente y un juicio sin contemplaciones para sobrevivir en el desierto. Para saber que el que enseña termina creyendo que sabe, para hablar con firmeza y sonreír compasivo. Traducido al alemán, al francés y al italiano, en la editorial Adelphi, sus *Escritos* en fotocopia, en internet y en redes sociales, fortalecen a los jóvenes en una rebeldía sin contemplaciones. Con su habano y su gusto por el diálogo, Nicolás Gómez, que manejaba él mismo su Renault 4, debe sentirse reconfortado. Sigue pensando: “No pretendamos el acierto. Contentémonos con el error inteligente”.

Nicolás Gómez Dávila: El solitario de la calle 76

La casa, en medio del tráfico cada día más fastidioso de la carrera 11, ha quedado allí, protegida por la barrera de su antejardín y sobre todo por el silencio propio que la envuelve. Como si estuviese deshabitada, no se ve gente que entre o salga de ella.

La anterior suposición se refuerza si alguien se acerca a sus sólidos muros, atraviesa el ancho portalón de madera, y se interna en la penumbra donde antiguos bargueños y cuadros coloniales conviven en paz. La nota imprevista, mirando por los vidrios que dan al jardín interior: un carro negro y largo, de los de antes, deshaciéndose con

calma, en la inmovilidad de los años. No vale la pena moverse, ni aturdirse en el vano trabajo de ver distintos países.

En todos nos acecha la misma falta de gusto y marcas intercambiables.

La capacidad de resistencia de la casa se debe, sin lugar a dudas, a la maravillosa biblioteca, única en Colombia, donde lo mejor que se ha escrito en Occidente, en su idioma original y en sus primeras ediciones, crea su propio orden mágico, de las cruzadas a los epistolarios del siglo XVIII. Los volúmenes de teología e historia, política y arte se acumulan en doble hilera, invaden el piso y ascienden, al pie de los estantes ya llenos, pero el ámbito no se halla saturado. Da, por el contrario, la sensación de una vastedad más amplia. Un lugar donde es factible respirar.

Dos mesas, un calentador, tres o cuatro sillones con ruedas, y uno fijo cerca de la lámpara, constituyen todo el mobiliario. En este último, un hombre de 78 años, a quien no hace mucho operaron de cataratas, relea a Charles Peguy. Pertenece a una época que ya no existe y, como sucedió con su hacienda de Canoas, el mal olor del progreso, su putrefacción inexorable, lo alejó del ajetreo de sus congéneres. Digamos entonces que se trata de un solitario entre libros. Alguien que ya no se dice mentiras.

Colinas más altas

Se ha limitado, en consecuencia, y durante toda la vida, a leer y releer, y a redactar grandes cuadernos con pequeñas frases, que solo en 1977 vieron la luz pública. Eran sus *Escolios a un texto implícito*, que varios lectores, en diversos países, consideraron un texto inagotable, digno también de releerse. En consecuencia, lo tradujeron al alemán y escribieron, como José Miguel Oviedo, en su *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991), frases como estas:

Libro amargo y sombrío, parece una meditación hecha ante el abismo del fin de los tiempos. La concisión inapelable y rotunda de sus fórmulas lo hace

sonar todavía más tremendo. Con los *Escolios*, el ensayo hispanoamericano alcanza un nivel pocas veces visto, al mismo tiempo que parece clausurar el ciclo abierto por Rodó a comienzos del siglo: la oratoria exaltada del espíritu ha cedido el paso al epitafio de la cultura moderna. No un Evangelio para juventudes sino un Apocalipsis para el final de siglo.

“Vigía en el desierto”, como lo llamó Castañón, o “un rebelde en medio de desertores, adaptados y caídos”, como lo calificó Kaltenbrunner, el redactor de esas glosas al legendario texto de una tradición que se deshace, y que muy pocos recuerdan, en su integridad, vuelve ahora al ataque, más desencantado, más seco, menos complaciente. Publica *Sucesivos escolios a un texto implícito*, solo doscientas páginas en las cuales el repudio más radical convive con la esperanza más desatinada: la de un diálogo con la trascendencia.

Este breviario reconforta gracias, ante todo, a su inutilidad. Ni los nostálgicos de un pasado que no vuelve, ni las desgredadas Casandras de un futuro que también carece de razón de ser, podrán recurrir a sus dardos, tan lacerantes. Ellos quedan allí, en el laconismo de un lenguaje ceñido y en el desdén de quien solo piensa en colinas más altas. En estos tiempos bobos, leerlo constituye el más reconfortante de los ejercicios.

Tengo delante de mí dieciséis bien contados artículos de la prensa italiana:

La Repubblica, Il Tempo, Corriere della Sera, L'Espresso, L'Eco di Bergamo, L'Unità. Hablan todos ellos —y en qué términos!— de un colombiano a quien conocí y del cual fui orgulloso editor: Nicolás Gómez Dávila (1913-1994).

¿La razón? La aparición en Italia, publicado por Adelphi, de un libro suyo de 192 páginas y que cuesta 20.000 liras. Lo llaman “el suceso del verano”. Editado a mediados del 2001, glosarlo, un año después, hace honor a quien concibió estos aforismos: *In margine a un testo implícito*. Nada más deletéreo que la actualidad.

Picoteo aquí y allá. Dice *Il tempo*: “Sea por el estilo, sea por la inteligencia, Gómez Dávila se impone como uno de los grandes maestros del pensamiento fragmentario, como fueron Pascal, La Rochefoucauld, Rivarol, Kraus, Cioran, delante de los cuales no aparece de ningún modo disminuido”.

Añade el *Secolo d'Italia*: “La sabiduría y grandeza del pensamiento de Gómez Dávila, por tantos años recluso en su biblioteca de Babel, ha observado en profundidad el ethos del Universo”.

Se asombran todos de que un bogotano, hijo de un comerciante de telas, educado por los benedictinos en París, y quien jamás pasó por la universidad, se haya refugiado en su casa Tudor de la calle 76, rodeado de 30.000 volúmenes. Desdeñó las embajadas de París y Londres, y se limitó, aparentemente, a leer, pensar y escribir, dentro de un reducido círculo de amigos: “Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes, amando a unos pocos seres”. Tal su ideal.

Pero detrás de esa existencia sosegada iba a estallar un volcán arrasador en contra de todas las mentiras que nos paralizan. Aquella, por ejemplo, de producir, acumular y consumir dentro de la lógica perversa de un progreso aparente que ensució lo sagrado, arruinó la naturaleza y creyó estúpido que las catedrales habían sido construidas para incrementar el turismo.

Cómo se reiría con su puro en la mano, Nicolás Gómez Dávila, al saber que *Unità* le agradece por “su desesperación, por su honesta filosofía”.

Primero fue en Alemania. Ahora es Italia. España, en las ediciones Altera de Barcelona, lo publicó también. Síntesis de esos *Escolios a un texto implícito* (1977) y *Sucesivos escolios a un texto implícito* (1992) cuyas pruebas le llevaba después de las nueve de la noche, para conversar, ahí sí, de lo divino y lo humano, mientras el silencio se ahondaba en afable gentileza. “Tache, tache, don Juan Gustavo, que uno escribe tantas bobadas”.

Ahora los muchachos en Colombia vuelcan en sus computadores la totalidad de estos *Escolios*, y los leen y los reordenan, subtitulándolos según sus intereses. Por su parte, Benjamín Villegas, luego del suceso que fue la selección de sus *Escolios* (2001), edita *Textos I*: allí donde la reflexión de la prosa comienza a liberarse de las cadenas previsibles del pensar y se condensa en la llama fría, irrefutable por poética, del aforismo. Carrera 11 # 76-16.

Abro la verja, subo los escalones, toco el timbre. “Bienvenido, don Juan Gustavo”, y la voz comienza a desgranar su sabiduría:

Cuando el diálogo es el último recurso,
la situación ya no tiene remedio.

O aprendemos de la tragedia griega a
leer la historia humana, o no aprendemos
nunca a leerla.

Quien cita a un autor muestra que fue
incapaz de asimilárselo.

Gracias, don Nicolás, pero en realidad
me gusta citarlo a usted.

Noticias de Gómez Dávila

Siguen llegando noticias del singular orbe que configura los *Escolios* de Nicolás Gómez Dávila. Ahora los tenemos como *Scholia to an implicit text*. Bilingual selected edition, con selección de Emilia Gómez, traducción de Roberto Pinzón y prólogo de Till Kinzel. Lo publicó Villegas Editores en el 2013.

Inician su aventura en inglés como en 2006 lo hicieron en polaco. Pero es en Alemania donde varias ediciones (1987, 1992, 1994 y 2003) dan cuenta de una recepción entusiasta a las cuales se añade en 2005 la traducción de sus *Notas* al alemán.

En 2001 salieron en italiano y en 2003 y 2005 en francés. Hay también una edición en España, saludada con entusiasmo por Fernando Savater. De muy pocos pensadores colombianos puede registrarse igual número de versiones en tan diversas lenguas. En todos estos volúmenes, prólogos, reseñas bibliográficas, debates, se

siente la complacencia por una escritura precisa y a la vez cargada de intensidad que vuelve una y otra vez sobre el desgaste con que el mundo moderno ha opacado una tradición clásica que de Grecia y Roma, para arribar al cristianismo, configuró en la Edad Media un mundo de valores y jerarquías, donde tanto el señor feudal como el obispo sustentaban un orden en cuya base el campesino, como lo ejemplifican tantas miniaturas en los libros de horas, producían de inmediato una sensación de luz y orden. De interdependencia mutua.

La Universidad de los Andes, por su parte, publicó también en 2013 un breve libro del arquitecto Francisco Pizano de Brigard (1926), amigo de muchos años de Gómez Dávila, donde agrupa una semblanza intelectual del mismo y reúne varias conversaciones con él, de los años 1964 y 1966.

Se entiende mejor la figura de quien tenía un almacén de telas en la calle 12, una hacienda colonial en Soacha, Canoas, con su respectiva iglesia, y que manejaba un Renault 4 para ir al Jockey Club desde su casa Tudor en la carrera 11 con calle 77. Un hombre alerta que ya entonces señalaba cómo la caída de Kruschév era el primer golpe de Estado que sucedía en Rusia luego de la Revolución, teniendo él todos los títulos legales válidos. “Nicolás observa que ese hecho es extremadamente importante dentro del Estado ruso y tiene que significar un cambio cuyas consecuencias y raíces desgraciadamente no podemos medir, porque desconocemos totalmente todos los aspectos internos de la política rusa”. ¿No alientan allí Glasnost y Perestroika?

De la remota política internacional pasamos a la muy próxima realidad colombiana. Tensa entre paradojas.

“La libertad que necesita el sistema capitalista para operar con eficiencia se consigue aquí, no por una política consciente del país, sino por la ineficiencia del Estado”. Para concluir: “La vitalidad del desarrollo depende en cierto grado de la ineficiencia de la administración. Es tan grave que sea muy eficiente como que sea muy ineficiente”.

Con la incorporación, en ocasiones, de Hernando Téllez, su humor, su gracia, la tertulia se enriquecía y agregaba nuevos tópicos. ¿Qué poemas, por ejemplo, deberían incluirse en una antología de poesía colombiana? Algunos sonetos de Arturo Camacho, de Jorge Rojas, “La Catedral de Colonia” de Juan Lozano y “Pro senectude” de Miguel Antonio Caro. Silva, Guillermo Valencia, algunas cosas muy buenas mezcladas con otras muy malas, Eduardo Castillo y el poema de Ángel María Céspedes dedicado a doña H. Soto del Corral.

En todo caso, una visión afable y próxima a una figura que ya se hablara de arquitectura, historia, tierras y dinero, su percepción partía siempre de una sociedad aún incipiente, con tradiciones muy cortas y volubles, que lo confirmaban en su vocación de lector a partir de hitos ya no erosionados por la uña del tiempo. *Historia de las guerras del Peloponeso*, de Tucídides y los *Ensayos* de Montaigne. Un admirativo tributo a Nicolás Gómez Dávila, a los cien años de su nacimiento. ■



Juan Gustavo Cobo Borda (Colombia)

Poeta y ensayista. Fue director de la revista *Eco* de Bogotá. En 2006 la Editorial Taurus publicó *Lecturas convergentes, un análisis de Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis*. También es autor de *Lector impertinente* (2004), *Lengua erótica* (2004), *Cuerpo erótico* (2005). Recientemente publicó *Breviario arbitrario de literatura colombiana* (Taurus, 2011).